



La
filigrana
efímera

Página 3



LIBRO DEL AÑO 2011

Premian a
Leonardo Oyola
por *Kryptonita*

Página 3

CLAUDIA PIÑEIRO

Di una palabra
y suma
seguidores

Página 4

SL

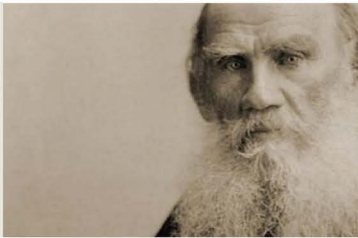
SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 15 | JUEVES 15 DE MARZO DE 2012



El placer de matar

por Osvaldo Quiroga



DEL DIARIO DE LEÓN TOLSTOI

“Después pensé en un cuento sobre un hombre que siempre ha buscado lo bueno de la vida en la ciencia y en la familia, y en el monasterio, y en el trabajo y en la simpleza de espíritu, y que muere con la conciencia de una vida perdida, vacía, fracasada. Él sí es un santo.”

“Murió a las 3. Lo lamento mucho. Lo quise mucho.”

“Ella es definitivamente digna de compasión y muy difícil. Hace un momento, en la tarde, se puso a hablar de las fotografías, desde su enfermizo punto de vista, es obvio. Yo intenté mantenerme al margen. Y me fui.”

El placer de matar



OSVALDO QUIROGA

Es casi imposible pensar en que alguien puede cometer crímenes y obtener placer al hacerlo. En la historia del arte, sin embargo, abundan los ejemplos en los que el placer va acompañado de lo siniestro. Pero el teatro, el cine, la literatura o las artes plásticas generan un distanciamiento frente a lo real de la muerte. La historia de Cayetano Santos Godino, más conocido como el Petiso Orejudo, llevada ahora al teatro a través de la dramaturgia de Julio Ordano y de un elenco dirigido por Adrián Cardoso en el teatro IFT, es una de las más espeluznantes del crimen en la Argentina.

Jesualdo Giordano tenía tan solo 3 años cuando apareció estrangulado en Parque Patricios. El Petiso Orejudo le había atado las manos y los pies con un piolín, y con otro hilo grueso lo ahorcó. También se dijo que, bajo la sospecha de que el niño siguiera con vida, le hundió un clavo de grandes magnitudes en la sien. Cuando Godino fue detenido sus grandes orejas ya eran lo de menos. Los que llevaron adelante la instrucción se enteraron de que con apenas quince años Godino ya había matado a otras criaturas. Confesó que su accionar se debía a una extraña fiebre que lo dominaba y le provocaba ganas de matar. No hace falta ahondar en detalles. Nada explica su criminalidad: ni los golpes que su padre le propinaba, ni su imbecilidad congénita, según diagnosticaron los psiquiatras que lo trataron, ni su falta de arrepentimiento. Cuando recién comenzaba el siglo veinte los habitantes de los suburbios porteños se aterrorizaban con las historias del Petiso Orejudo. Hoy quienes visitan la cárcel de Ushuaia suelen hacerse fotos con la amigable figura de cartón que lo evoca. Lo que empezó como una tragedia con el tiempo se



El Petiso Orejudo fue el primer asesino serial argentino. Decía que una extraña fiebre lo acosaba y lo compelió a matar.

ha convertido en un entretenimiento para turistas. Ahora bien, ¿cómo llevar esta historia al teatro? De que manera puede encontrarse un equivalente teatral que combine en el espacio escénico el horror con la estupidez, el ejercicio del mal con lo poético. El mayor mérito de Pablo Juan, en la piel del asesino, es in-

termarse en la criatura que encarna sin juzgarla. Poner al descubierto algo de lo humano del personaje, que si bien no lo justifica, contribuye a organizar el relato desde otro punto de vista. El Petiso Orejudo fue el primer asesino serial argentino. En cada uno de sus crímenes dejó una marca que engloba lo horroroso con la singularidad de su accionar. Pero en algo decía la verdad: lo acosaba una fiebre que lo compelió a matar. Tanto es así que murió poco tiempo después de que sus compañeros de presidio le dieran una paliza terrible porque asesinó a dos gaitos que eran las mascotas del penal. No lo pudo evitar. Su tormentoso mundo interior era más fuerte que él. Murió en la llamada cárcel del fin del mundo. Nunca recibió una carta de sus hermanos, ni de nadie. Un cirujano le unió las orejas a la cabeza porque pensó



TRAGEDIA. EL PETISO OREJUDO FUE CONDENADO POR ASESINATO DE VARIOS NIÑOS. MURIÓ EN LA CÁRCEL DE USHUAIA, EN 1944, DE FORMA NUNCA ACLARADA. LA HISTORIA FUE LLEVADA AL TEATRO POR JULIO ORDANO CON DIRECCIÓN DE ADRIÁN CARDOZO.



que allí estaba la raíz del mal que lo aquejaba. La muerte, es probable, debe haber sido bienvenida para él. Estaba, como tantos otros, muerto en vida. Julio Ordano, hombre de teatro experimentado, logró plasmar en el escenario la historia de este personaje con admirable economía de recursos. Contó, es cierto, con un elenco de parejos méritos. Porque a la riquísima composición de Pablo Juan hay que sumar las de Facundo Blanc y Marcela Chiesa. Estos dos últimos intérpretes construyen varios personajes, casi fantasmas que rondan la historia de soledad y muerte del conocido petiso. Al finalizar la función, y cuando la calle nos alivia un poco de la pesadilla vivida, surgen otras preguntas, acaso más vinculadas con la historia argentina. El Petiso Orejudo, finalmente, era un

Nunca recibió una carta de sus hermanos, ni de nadie. La muerte, es probable, debe haber sido bienvenida para él.

aprendiz si se lo compara con los torturadores vernáculos. El placer de matar es algo más profundo y complejo. Los que echaban cianuro en las cámaras de gas de Hitler no lo hacían para defender las atroces ideas de su jefe supremo. Lo hacían por gusto. Y eso es lo inexplicable, lo más difícil de soportar.



DEL DIARIO DE FRANZ KAFKA

“Don Quijote debió emigrar, toda España se reía de él, no podía permanecer allí. Viajó a través del sur de Francia, donde encontró de vez en cuando gente amable, con la cual trabó amistad, cruzó en

medio del invierno con esfuerzos y sacrificios grandes los Alpes, marchó después por la llanura baja de Italia, donde sin embargo no se sintió bien, y finalmente llegó a Milán.”

“Hace unos días, Leonie Frippon, cantora del “Stadt Wien”. El peinado era una masa contenida de rizos. Mal corsé, vestido muy viejo, pero muy bonita con sus ademanes trágicos, el aleteo de los párpados, esa manera de echar

hacia afuera las largas piernas, los movimientos de los brazos a lo largo del cuerpo, bien estudiados, la significativa rigidez del cuello en los pasajes de sentido ambiguo. Cantó: Colección de botones en el Louvre.”

La filigrana efímera

Premian a Leonardo Oyola por *Kryptonita*



GUSTAVO NIELSEN

Esta es la historia de una amistad.

Por un lado está Mel Krieger, un famoso pescador norteamericano, de esos que hacen de la pesca con mosca un arte cercano a la meditación zen. Fundó escuelas en España, Islandia, Chile y Argentina. Un tipo enamorado de Esquel, Zapala y Junín de los Andes, que se pasaba los años en el sur, con sus cañas y su silencio. Por otro lado, Diego Ortiz Mugica, el otro personaje de esta historia: un fotógrafo argentino que trabaja en la Patagonia. Sus fotos forman parte de la colección permanente del Museo Nacional de Bellas Artes (Mnba). Es *mosquero* como Mel, y comparte sus amores locales: los paisajes, la paz de los lagos. Bueno, decir que es igual de *mosquero* que Mel tal vez sea una exageración: Diego es, como tantos otros pescadores del mundo, un admirador de la técnica del americano.

Un día Diego recibió una llamada en su estudio de Bariloche. “Hola, soy Mel Krieger”. No le creyó. “Y mi abuelita es un salmón”, contestó, antes de cortar. Por suerte era un día de buen humor para Mel, que volvió a marcar el número del fotógrafo. Creo que entre ambos llamados hubo un mail de un amigo de Diego para avisarle que lo estaba buscando el idealizado pescador. Casi se muere por el *bluff*.

Mel quería que Diego le hiciera el testamento fotográfico. Le habían diagnosticado un tumor cerebral. Así le dijo. Diego aceptó, sin saber todavía que los próximos dos años de su carrera los iba a tener que emplear en el trabajo diario de seguirlo como una sombra. Como la sombra de un trucha plateada sobre el fondo límpido de un lago. El producto es un hermoso libro de grandes fotos en blanco y negro titulado *Fly Fishing Moments*.

En la introducción del libro, Mel anota: “Pescar, mirar, descu-



“PESCANDO EN LAS ESTRELLAS”. MEL KRIEGER CON SU CAÑA Y SU PIPA EN EL RÍO PICHÍ LEUFÚ, RÍO NEGRO.

La tanza en el aire dibuja caligrafías como un látigo vivo. Si supiéramos descifrar esas letras escritas en el aire de la Patagonia, seguramente podríamos componer la palabra felicidad.

brir. Esencialmente momentos”. Y afirma: “Mis héroes son los escritores, personas talentosas que, con palabras, nos recuerdan vicencias de pescas pasadas y con exquisita anticipación las que vendrán”. Dice que su deporte es una pausa, porque no necesita competir ni anotar puntajes, que no ofrece ningún premio tangible, donde todo lo obtenido se repesa a sus aguas de origen.

En las fotos sale solo y feliz con su caña y su pipa. En el Río Manso, en el Nahuel Huapi. A veces hay un bote, algún pájaro, arroyos o montañas. Un puente, frágil, casi improvisado sobre unas aguas fuertes. La tanza en el aire

dibuja caligrafías como un látigo vivo. El garabato que hace el sedal es la firma efímera del pescador grabada en el cielo. Mel lleva en sus apariciones un gorrito piluso, anteojos, un jardinero con botas siempre sumergidas. Si supiéramos descifrar esas letras escritas en el aire de la Patagonia, seguramente podríamos componer la palabra felicidad.

Pero Mel quiso ponerle más palabras, porque ya dijo que hubiera querido ser escritor. Por eso hizo un contrato con Diego: no se iba a meter con las tomas, pero sí con los títulos. Tenía que ponerle los títulos a todas las fotos. Remarcó: todas. Diego aceptó, pero no pudo cumplir con su promesa.

Si tengo que opinar, los títulos de Mel me parecen un poco directos. “Moteada libertad” es un salmón que regresa a su hogar líquido. “El loop de una línea” es demasiado gráfico. La mayoría de las veces describen directamente lo que vemos. Otras, son melancólicas: “Nirvana”, “Acuarela”, “Intensidad”. Diego cambió un solo título, pero bastó para que Mel perdiera la sonrisa. “Ese no fue el pacto”, le dijo. El título de Mel para esa foto se refería a la brillantez del río Pichí Leufú, en

la provincia de Río Negro. Diego la había rebautizado como “Pescando en las estrellas”.

—¿Por qué? —preguntó el viejo. —Yo te veo del otro lado así: pescando en las estrellas —contestó el fotógrafo.

Entonces Mel tachó su propio título y lo abrazó. Para festejar la salida del libro se fueron a pescar. Sin cámaras, pero con vino.

Esa es la historia de la obra de dos artistas que se hicieron amigos.

Mel murió en su hogar de California el 7 de octubre de 2008. Sus cenizas fueron esparcidas sobre el río Chimeuin, un lugar argentino que lo recibía como su propia casa.

FLY FISHING

Del 19 al 22 de abril de 2012 se abre la Primera Clínica internacional de *Fly Fishing* en el hotel Liao Liao, de Bariloche. Incluye películas, instructores, guías, salidas en bote, cursos de técnicas de lanzamiento, un torneo y hasta una charla con Diego Ortiz Mugica, recordando al gran Mel Krieger.

La paso muy bien escribiendo, salí a la cancha sabiendo cuáles eran las reglas y fue un lindo gol”, dijo Leonardo Oyola, ganador de “El libro del año 2011” por su novela *Kryptonita*, votada por 150 escritores.

“Estoy muy contento, aunque medio trabado para explicarme. Es la segunda vez que gano un premio por un libro publicado —primero fue el Dashiell Hammett al mejor policial en Gijón por *Chamamé*—, y lo que más valoro de estas cosas es que alientan a seguir escribiendo. Además, que lo eligieron colegas”, expresó emocionado el autor en la librería Eterna Cadencia, organizadora del premio.

“Lo que aprendí es que todos los escritores somos parecidos, no importa de dónde venís, tu formación, etcétera; lo que importa es el momento en que estás solo, frente a la computadora o el anotador”.

En *Kryptonita*, Oyola —discípulo de Alberto Laiseca— retoma el concepto de la historieta llamado “elseworld” o “de otro mundo” para narrar las vicisitudes de un médico nocheo del hospital Paroissien ante el ingreso de Nafta Súper, un superpoderoso líder de una banda criminal.

En la novela, publicada por Mondadori, el médico, ansioso por terminar su turno de tres días, recibe en la guardia a un hombre herido, Nafta Súper, detrás de él llega su “banda” que le exige que lo mantenga vivo hasta que amanezca, mientras se atrincheran esperando la llegada de la policía.

Durante la madrugada, entre flashbacks de la historia de los integrantes de la banda, delirios alucinógenos, negociaciones para salir libres y un inminente tiroteo, el doctor descubre que su paciente es algo más que un hombre común.



DEL DIARIO DE CESARE PAVESE

“Ella que escapa siempre, voluble, de la compañía; se levanta de la mesa, interrumpe conversaciones, va al teléfono, etc., y a quien le echa en cara sus deberes, le responde: ‘La culpa es tuya, que no sabes interesarme y obligarme a estar sentada.’”

“¿Qué hay en suma en mi idea fija de que todo

consiste en el secreto y amoroso ‘en sí’ que cada criatura ofrece a quien sabe penetrarla? Nada, porque jamás pude realizar esa amorosa comunión.”

“Todo esto da asco.”

“Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más.”



CONTRATAPA

→ CLAUDIA PIÑEIRO

Di una palabra y suma seguidores

La escritura surge de una tensión permanente entre el silencio y la palabra. Por qué decir, por qué contar, cuando existe algo tan perfecto como el silencio. Si se va a rasgar el silencio con una palabra es porque esa palabra lo merece, porque debe ser dicha, y porque es esa y no otra. De ese modo estaban las cosas hasta hace un tiempo. Redes sociales mediante, da la sensación de que ya no es tan así. La famosa frase de Nietzsche “Di tu palabra y rómpete” que entre otras tantas cosas sirvió de lema a la revista literaria *El escarabajo de oro*, hoy aparece invertida.

Allí el énfasis estaba en la palabra dicha y no en quien la enunciaba; en el siglo XXI, parece ser todo lo contrario: alguien dice, esas palabras hacen el recorrido que pueden y luego, más tarde o más temprano, se rompen para que el que dijo pueda seguir diciendo. Se desdican, se ignoran, se niegan, se olvidan aunque se marquen como “favoritas”, se “deletan”. Se rompen las palabras en lugar de quien habla. Es más, quien habla se construye a sí mismo, o cree que lo hace, a través de las muchas palabras rotas que lanzó a algún sitio, del mismo modo que antes se lanzaba un mensaje en una botella al mar, con la esperanza de que alguien lo encontrara y lo leyera. Hoy lo que importa es que esas palabras hayan tenido muchos reuets, hayan sido faveadas, o seleccionadas por algún diario masivo como “el tuit del día”, y, sobretodo, que eso le reporte a quien las dijo más seguidores. Si en ese camino el que habla (o escribe) encuentra palabras fútiles, erradas, innecesarias, o incluso hace daño (no en el sentido en que la literatura podría hacerlo sino un daño directo, específico, dedicado) no importa, ya dirá otras, muchas, todas las que han falta, no para romper el silen-



cio con la palabra justa sino para construir un personaje, para moldearlo, para constituirse como persona “virtual” desde esa producción. No tiene tanto valor lo dicho como el personaje, real o fake, fuente inagotable de enunciados. Di tu palabra y suma seguidores. Y no me excluyo, los paradigmas cambiaron, pertenezco a este siglo, estoy dentro de un juego que ya se instaló y no va a volver atrás; sólo que a veces salgo, miro desde afuera y me da miedo volver a entrar.

Decir, elegir las palabras más precisas y certeras, ya no es una búsqueda poética sino un juego de ironías y frases ingeniosas que no deben superar determinada cantidad de caracteres. No digo que esté bien o mal, sólo que es la marca de época. Allí donde Geor-

ge Steiner veía peligro y competencia con los dioses, ahora hay una búsqueda incansable de lucimiento y competencia con los otros mortales virtuales.

Dice Steiner en *El silencio y el poeta*:

“Hablar, adoptar la singularidad y la soledad privilegiadas del hombre en el silencio de la creación, es algo peligroso. Hablar con el máximo vigor de la palabra, como hace el poeta, lo es más todavía. Así, incluso para el escritor, y quizás más para él que para los demás, el silencio es una tentación, es un refugio cuando Apolo está cerca”.

En mi caso el silencio tenía una presencia perturbadora. Cuando mi padre se enojaba con cualquiera de nosotros, o con él mismo, o con la vida, o con algo que ni él sabía qué era, nos dejaba de hablar por varias semanas, dos o tres, las que le hicieran falta hasta poder

volver de ese lugar donde no había palabras. Siempre lo tomé como un castigo, incluso como un castigo inmerecido, injusto: mi padre no nos hablaba por algo que no sabíamos qué era y de lo que no podíamos defendernos. A esta altura de mi vida tengo algunas dudas al respecto. Tal vez él no buscaba castigarnos sino un refugio, encontrar en el silencio dónde protegerse de aquellas palabras que inevitablemente diría y que sentía peligrosas, para él y para nosotros. Se obligaba a no decir. Se escondía en el silencio y esperaba.

Hoy la espera en el silencio no parece posible. Se interpretan rápidamente las intenciones de los otros, los motivos de un suicidio, la resolución de un caso policial.

Se dice, se rompe y se vuelve a decir, las veces que haga falta.



→ JUAN MARTINI

Diarios de escritores y el arte de narrar



Todos mienten, dice House hablando de sus pacientes. Y yo digo: todos los que escriben memorias y autobiografías mienten. No digo que lo hagan deliberadamente. O por lo menos no en todos los casos. El problema es que la memoria miente. Y a veces tergiversa, la memoria, deliberadamente o no, el papel de cada uno en los hechos pasados. Soy un escritor de ficciones y amo las buenas ficciones: cuentos, relatos, novelas. Pero en los últimos tiempos he comenzado a pensar que es quizás en los diarios de escritores donde a veces se encuentran las mejores y más estimulantes ficciones o esbozos de ficciones. Y un despliegue ilustrado del arte de narrar.

Recuerdo por ejemplo los diarios de Tolstói, Kafka, Pavese, y ahora el de Piglia que comenzó a publicar en *Babelia*, el suplemento literario del diario *El País* de España.

Inevitable también mencionar casi al azar las Bitácoras de Cristóbal Colón, los brevarios de Leonardo, los diarios de Stendhal y de Mansilla, el brevario de Schubert, los diarios de Anáns Nin y Peter Handke, las notas y cartas de Chandler, los diarios estremecedores y luminosos de John Cheever y el diario de sueños de Graham Greene entre otros, con perdón de mi memoria tan falible como todas las memorias.

La ficción de los diarios de escritores y artistas son la materia esencial de la literatura. Si existe la verdad o algo parecido a la verdad está en la ficción. Y en el arte de narrar en un cuento o en una novela. Y en los diarios de escritores.